

86 ANIVERSARIO

Tributo literario para Dávila

POR PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI
ESPECIAL
expresiones@gimn.com.mx

La escritora zacatecana, cuya obra fue elogiada por Julio Cortázar, es una de las figuras centrales de la geografía literaria en hispanoamérica

Hoy, 21 de febrero, celebramos el cumpleaños 86 de Amparo Dávila, una de las escritoras más notables de la literatura mexicana y mundial. Su nombre en el panorama hispanoamericano aparece al lado de figuras representativas como Juan Rulfo, Julio Cortázar, Rosario Castellanos, Gabriel García Márquez, Juan José Arreola, o Elena Garro.

Cuentista excepcional, Amparo Dávila crea mundos aparentemente fantásticos en los que la realidad está más presente de lo que suponemos. En sus cuentos lo increíble resulta ser lo verdadero; esa realidad que, por aterradora, pretendemos evadir colocándola en la dimensión de lo fantástico. He ahí una escritura comprometida, una autora que cuestiona los males y las flaquezas de la condición humana a partir de la creación de universos singulares. Por lo tanto, coincidimos con Julio Cortázar, quien le dijo a la autora, en 1961: “Creo que desde mi punto de vista, usted escribe admirablemente bien”.

María Amparo Dávila Robledo nació en Pinos, Zacatecas y pasó su niñez devorando los libros de la biblioteca de su padre. Sus primeros seis años de vida transcurrieron en ese pueblito minero poblado de fantasmas, consejas, leyendas, libros, atmósferas y personajes que se convirtieron en el punto de partida de sus creaciones literarias; es decir, literatura nacida de las vivencias. A los siete años, sus padres la llevaron a San Luis Potosí para que estudiara la primaria y la secundaria. Con su singular talento, Amparo narró así su memorable infancia:

“Pinos, el pueblo donde nací, es el pueblo de las mujeres enlutadas de Agustín Yáñez, es también Luvina donde sólo se oye el viento de la montaña a la noche, desde que uno nace hasta que muere. Situado en la cima de una montaña y rodeado siempre de nubes, desde lejos parece algo fantasmal, con sus altas torres, las calles empedradas en pronunciado declive y largos y estrechos callejones. Pinos es un viejo y frío pueblo minero de Zacatecas, con un pasado de oro y plata y un presente incierto de ruina y desolación.

“Yo nací en la casa grande del pueblo y a través de los cristales de las ventanas miraba pasar la vida, es decir la muerte, porque la vida se había detenido hacía mucho tiempo en ese pueblo. Pasaba la muerte en diaria caravana. No había cementerios en varios ranchos cercanos, y a Pinos iban a enterrar a los muertos. Yo los veía llegar tirados en el piso de una carreta, atravesados sobre el lomo de una mula y a veces en una rústica caja. Detrás de los cristales de la ventana, tampoco había esperanzas de vida para mí, y sí muchos augurios de muerte; había perdido a mi hermano, y yo era una niña sentenciada y sola.

“Al lado de nuestra casa se encontraba la de mi abuelo paterno. En ella había dos cuartos que nunca he olvidado: una sala muy grande con muebles de bejuco, tibores, espejos dorados, jarrones con flores de porcelana, cuadros y una virgen de bulto de tamaño natural con grandes ojos azules de vidrio, que parecía que de pronto iba a bajarse de su altar, y el cuarto del fondo donde había un ataúd en el centro y cuatro cirios nuevos. Éste era el ataúd que mi abuelo tuvo, durante años, listo para su muerte.

“En la esquina de mi casa estaba el callejón de las prostitutas, y ése era el único lugar del pueblo donde quedaban restos de vida y de alegría, pero también por ahí transitaba la muerte. Con bastante frecuencia se mataban los mineros y las mujeres se apuñalaban por los hombres.

“En la noche el aspecto del pueblo se volvía más dramático. No había luz eléctrica y las calles y las casas se alumbraban con la débil luz de las lámparas de petróleo y gasolina. El frío era más intenso y el viento soplabá más fuerte. Los hombres se

La escritora Amparo Dávila.



Foto: Cortesía Ricardo Salazar

“Cuentista excepcional, Amparo Dávila crea mundos aparentemente fantásticos en los que la realidad está más presente de lo que suponemos.”

“Su nombre en el panorama hispanoamericano aparece al lado de figuras representativas.”

PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI
INVESTIGADORA

envolvían en gruesos jorongos y se metían los sombreros anchos hasta las orejas; las mujeres se embozaban completamente con el rebozo dejando descubiertos sólo los ojos. Agobiados por el frío, pesadamente se movían a lo largo de las calles oscuras como si fuera una procesión de enormes cuervos negros.

“El viento se filtraba por las hendiduras de las puertas y las ventanas calando los huesos. Yo siempre tenía frío. Ni la chimenea de mi cuarto, ni mis perros y mis gatos lograban calentarme. Durante el día muchas veces lloré de frío y por las noches de frío y de miedo... Una mujer vestida de blanco, con una vela encendida, muy pálida y sin ojos, buscaba algo a través de la larga noche, crujián las puertas y las ventanas, los muebles, pasaban sombras, bultos, se oían voces, suspiros, quejidos, y un hombre con una pierna de palo que golpeaba sordamente al caminar, entre los aullidos del viento, la música de los fonógrafos y las carcajadas de las prostitutas en el callejón. Así pasaba la noche, así pasaron muchas noches de mi infancia.

“Mi primera afición fue la alquimia, tal vez por haber nacido en un pueblo de metales. Cuando no hacía tanto frío y yo estaba en condiciones de salir, me escapaba con mis perros a la montaña. Cortaba toda clase de flores y hierbas venenosas, juntaba pedernales y cualquier piedra que me parecía misteriosa. Después pasaba muchos días encerrada en una bodega vacía que había en la casa, llenando frascos con pétalos de

flores y moliendo hojas de yedras y ortigas. Los pedernales y las piedras los bañaba en aguas de colores. Estaba totalmente convencida de que el día menos pensado obtendría perfumes increíbles, venenos, oro y piedras preciosas. Los frascos llenos de pétalos y hojas maceradas estallaban a los pocos días y la bodega se llenaba de aromas pestilentes. Los pedernales se enmohecían y enlambaban, pero yo no me desalentaba por los fracasos y volvía a llenar frascos y más frascos... Y todavía sigo preparando lociones, unturas y brebajes que algunos de mis amigos conocen.

“Casi todos los días, después de la comida, iba al Parque Juárez, el parque hundido con un estanque (más hundido aun que el mismo viejo parque). Su fondo estaba lleno de lama y musgos, hierbas acuáticas y piedras donde los peces desaparecían, peces de colores que brillaban y relucían, como si fueran de oro y de plata, cuando los tocaba la luz del sol. Allí pasaba yo las tardes de mi infancia y sólo me marchaba cuando ya no veía los peces en el agua ensombrecida y el viento soplabá fuerte.

“En la escuela de Pinos aprendí las primeras letras. Cuando tenía calentura no me dejaban salir de la casa y yo pasaba los días en la biblioteca de mi padre mirando la calle a través de las ventanas, hojeando libros y deletreando palabras. La Divina Comedia de Dante

Alighieri era el libro que más me atraía, tal vez por el tamaño del libro, las pastas de piel rojas, los cantos dorados y los terribles grabados de Doré. Y éste, el primer libro que el azar llevó a mis manos, ha sido simbólico en mi vida, pues si bien ahí conocí el rostro de los demonios que me perseguirían sin descanso noche tras noche, sumándose a mi ya numerosa procesión de espectros, también descubrí el rostro del amor en Paolo y Francesca, los amantes que un negro viento impulsaba sin descanso por toda la eternidad, enlazados estrechamente en el amor que los llevó a la misma muerte. También encontré a Virgilio, el cual en varias imágenes me ha conducido de la mano a lo largo de mi vida, a través de mis propios círculos infernales.

“Como nadie me lo impedía, yo pasaba días enteros hojeando y curioseando toda clase de libros, sobre todo aquellos que tenían ilustraciones. Así pasé de la Divina Comedia al Quijote, cuyas láminas me divertían muchísimo. Siguiéron Dumas, Théophile Gautier, Zola, Gustavo Adolfo Bécquer (no he olvidado aún su rostro y su melena ensortijada en la portada de una edición española de sus Rimas y Leyendas), Vargas Vila y no recuerdo cuántos más pasaron por mis manos. En esta forma desordenada he leído siempre.

“A pesar de mi salud tan precaria, a los siete años me

2
TÍTULOS

reeditó recientemente el FCE



3
POEMARIOS

tiene publicados

llevaron a San Luis Potosí a que recibiera educación en un colegio de religiosas, así seguí viviendo entre mujeres enlutadas. Cuando llegué al Colegio Motolinía, yo no sabía nada de religión, sólo sabía de los demonios que me aterrorizaban por las noches y los demás espantos. Ahí supe de la existencia de Dios y de su hijo Jesús, muerto en la cruz. Tenía un poco más de ocho años cuando, profundamente conmovida, comencé a escribir, cerca de la primera comunión, pequeños poemitas a Dios, los cuales nunca mostré a nadie, no sé si por timidez o por sentir que era algo demasiado íntimo, una especie de confesión que debía permanecer oculta, y mostrarla era como desnudarse en público.

“El escribir se manifestó en mí como una necesidad natural y una forma de expresión ineludible. Como tarea de la clase de gramática, nos dejaban hacer alguna descripción, un pequeño relato, una narración. Así empecé, como a los diez años, a escribir prosa, es decir, cuentos. Yo hice cuentos con la misma naturalidad o facilidad con la que otros niños hacen palomas al jugar con barro, cuentos que sin duda eran malos, pero que eran cuentos.” (*Los narradores ante el público*, Joaquín Mortiz, 1966).

En San Luis Potosí abordó la poesía y publicó tres poemarios: *Salmos bajo la luna* (1950), *Meditaciones a la orilla del sueño* (1954) y *Perfil de soledades* (1954).

En 1954, con 26 años de edad, la joven escritora en ciernes se instaló en la Ciudad de México “para buscar el camino hacia las letras”: había decidido asumir su vocación de escritora. Amparo Dávila, con persistencia y dedicación, se fue abriendo camino en el mundo de la literatura, a pesar de los obstáculos que suelen presentárseles a las mujeres, sobre todo a aquellas que abrieron brecha en la década de los años cincuenta en México.

Trabajó como secretaria de Alfonso Reyes (1954-1957). En 1958, se casó con el pintor, también zacatecano, Pedro Coronel, con quien tuvo dos hijas: Luisa Jaina y Juana Lorenza (R.I.P.). En 1964 la pareja se divorció. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores en el periodo de 1966-1967. De 1978 a 1982, fue secretaria de la Asociación de Escritores de México A. C., donde por varios años impartió el taller de cuento. Desempeñó, además, el puesto de tesorera del Pen Club de México por tres periodos. Impartió talleres de cuento para el Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, así como talleres de narrativa, independientes y particulares.

Es autora de tres volúmenes de cuentos: *Tiempo destrizado* (1959), *Música concreta* (1964) y *Árboles petrificados* (Premio Xavier Villaurrutia 1977).

Ha sido merecedora de múltiples distinciones. Destacamos dos de ellas: en febrero de 2009, en la capital del estado de Zacatecas, se inauguró el Núcleo ISSSTEZAC de Cultura -NIC-, en el ex-crematorio del instituto, en donde el espacio Sala de Lectura Infantil lleva el nombre de nuestra escritora, y el 28 de septiembre de 2013, recibió la Medalla al Mérito Literario en el Encuentro Internacional de Escritores Literatura en el Bravo, otorgado por el Instituto Chihuahuense de la Cultura.

El Fondo de Cultura Económica ha reeditado su obra recientemente: *Cuentos reunidos* (2009) y *Poesía reunida* (2011).